

Las condiciones de la clase trabajadora en China

Robert Weil

Introducción

Este artículo se basa primordialmente en una serie de encuentros con trabajadores, campesinos, organizadores y activistas de izquierda, en los que participé durante el verano de 2004 junto con Alex Day y otro estudioso de cuestiones chinas. Forma parte de un trabajo más extenso que publica el Oakland Institute como informe especial. Los encuentros tuvieron lugar sobre todo en Pekín y sus alrededores, así como en la provincia de Jilin, en el nordeste, y en las ciudades de Zhengzhou y Kaifeng, en la provincia central de Henan. Lo que hemos oído revela con toda claridad los efectos de las transformaciones masivas que tuvieron lugar en las tres décadas posteriores a la muerte de Mao Zedong, con el desmantelamiento de las políticas socialistas revolucionarias que se habían puesto en práctica bajo su

• Robert Weil es autor de *Red Cat, White Cat: China and the Contradictions of «Market Socialism»* (Monthly Review Press, 1996), y otros artículos y ponencias sobre economía, política y condiciones laborales en China. Es un activista de toda la vida en movimientos de trabajadores, derechos civiles, antibélicos, ecologistas y de solidaridad internacional. En la actualidad es organizador de personal del sindicato de profesores y bibliotecarios de dos campus universitarios de California, donde además ha impartido clases de sociología y disciplinas afines. La publicación del informe completo que se cita en el primer párrafo está prevista para el verano de 2006. Para solicitarla, consúltese <http://www.oaklandinstitute.org>, o bien la dirección de correo electrónico info@oaklandinstitute.org.

Artículo publicado en MR, vol. 58, nº 2, junio de 2006, pp. 25-48. Traducción Marco Aurelio Galmarini.

liderazgo, y el retorno al «camino capitalista», lo que dejó a las clases trabajadoras en una posición cada vez más precaria. En este momento, en una sociedad que se contó entre las más igualitarias, se está produciendo el rápido crecimiento de la polarización entre extremos de riqueza en la cúspide y, en la base, crecientes filas de obreros y campesinos cuyas condiciones de vida empeoran día a día. Como ejemplo de esto, la lista de poseedores globales de miles de millones de dólares que publica la revista *Fortune* de 2006 incluye siete de China continental y uno de Hong Kong. Aunque sus posesiones son pequeñas en comparación con las de Estados Unidos y otros lugares, representan la emergencia de un capitalismo chino completamente desarrollado. Una corrupción rampante vincula las autoridades del Partido y el Estado y los directores de empresa a los nuevos empresarios privados en una red de alianzas que está enriqueciendo una floreciente clase capitalista, mientras las clases trabajadoras son explotadas de una manera que no se veía desde hacía más de medio siglo.

Los trabajadores con los que hemos hablado pertenecían a las decenas de millones de trabajadores despedidos de sus antiguos empleos en las empresas de propiedad estatal, otrora los pilares de la economía, con pérdida de prácticamente todas las formas correspondientes de seguridad social que formaban parte de su unidad de trabajo: vivienda, educación, atención sanitaria y pensiones, entre otras. Cuando esas empresas de propiedad estatal se convirtieron en corporaciones regidas por el beneficio, ya mediante la venta directa a inversores privados, ya mediante su semiprivatización a cargo de empresarios y autoridades estatales y del Partido, la corrupción se hizo común.

Los campesinos con quienes estuvimos luchando por afrontar los efectos a largo plazo de la disolución forzosa de las comunas rurales y la introducción del sistema de responsabilidad familiar, en el que cada grupo familiar contrata con la aldea la cesión de una porción de tierra para cultivar. Al dejar el campo a merced del mercado global, la política de venta de tierras a inversores inmobiliarios que realizan los funcionarios locales sin las compensaciones adecuadas para los aldeanos, dejó, junto con la rampante devastación medioambiental de las áreas rurales, centenares de millones de personas luchando por encontrar un modo viable de ganarse la vida, al tiempo que los despojaba de los apoyos sociales colectivos de los que previamente habían disfrutado. Más de cien millones de campesinos se han convertido en parte de la masiva migración a las ciudades, en busca de trabajo en la construcción, las nuevas fábricas orientadas a la exportación o los empleos más sucios y peligrosos, donde carecen de los derechos más elementales. En el caso de muchos inmigrantes, las condiciones se deterio-

ran rápidamente a medida que se establecen de modo semipermanente en las comunidades urbanas y a medida que envejecen y sus problemas de salud se agravan.

Las clases trabajadoras chinas no han permanecido pasivas ante el deterioro de sus condiciones y la pérdida de los derechos de los que disfrutaron durante décadas gracias a la lucha y el sacrificio en la revolución socialista. El conflicto de clases y la agitación social han alcanzado niveles desconocidos desde hace décadas. En la China de hoy, los trabajadores, los campesinos y los migrantes internos están protagonizando algunas de las mayores manifestaciones del mundo, que a veces llegan a implicar a decenas de miles de personas y culminan en violentos choques con las autoridades. Incluso el ministro de seguridad publicó cifras que admitían que «los incidentes masivos, manifestaciones o motines» se elevaron en 2004 a 74.000, por encima de los 10.000 de la década anterior y de los 58.000 de 2003 (*New York Times*, 24 de agosto de 2005). La amenaza de creciente inestabilidad social representa un desafío cada vez más importante a los máximos dirigentes del Partido y del Estado, y ya ha tenido como consecuencia cambios de política en un intento de prevenir mayores agitaciones. Incluso la llamada nueva clase media de profesionales y ejecutivos y las filas en rápida expansión de graduados universitarios, muchos de los cuales han florecido durante el *boom* económico de varias décadas, se está fragmentando. El elevado coste de la educación, que bajo Mao fue prácticamente gratuita hasta los cursos de posgrado, está haciendo de ésta algo prohibitivo, sobre todo para las clases trabajadoras. Los graduados recientes tienen cada vez más dificultad para encontrar empleo. La tensión del mercado se cobra peaje incluso entre los que están en mejor situación. Las ganancias que ha producido el desarrollo económico —en especial el acceso más amplio a los bienes de consumo y a los alimentos, así como una mayor movilidad y más oportunidades de empleo—, se están recortando para millones de personas debido a la divisoria de clase en constante aumento y a la creciente inseguridad. En consecuencia, China está entrando en un período de áspera lucha de clases e incertidumbre política, cuya superación no será fácil. Para la clase trabajadora será muy difícil mejorar, y el resurgimiento de la izquierda, aunque muy significativa, está todavía en una etapa muy incipiente. Este ensayo explora esas complejidades y posibilidades. En general he omitido los nombres de personas y organizaciones con el propósito de protegerlas.

Conflicto y unidad

Al menos superficialmente, parecería que la convergencia de las condiciones de los trabajadores urbanos, los migrantes y los campesinos —e incluso muchos de los miembros de la clase media— suministraría la base para una amplia unidad de lucha contra quienes los explotan bajo las reformas del mercado capitalista y la apertura de China a las fuerzas económicas mundiales. Pero, lo mismo que en situaciones similares en Estados Unidos y en cualquier otro lugar del mundo, la unificación de las clases trabajadoras es más fácil de concebir en teoría que de realizar en la práctica. Difícilmente desaparecen los viejos prejuicios, especialmente la baja estima en que muchos chinos de las ciudades tienen al campesinado, agravados por nuevas formas de competencia producidas por la migración masiva de las áreas rurales a las ciudades y la manipulación de los que están en el poder, que emplean métodos ya bien comprobados de división y conquista para enfrentar a los distintos grupos entre sí.

A modo de ejemplo, cuando se le preguntó si los trabajadores de Pekín tenían la sensación de que los inmigrantes están ocupando sus puestos de trabajo, un activista con el que hablamos respondió: «Sí, algo de esa sensación se da sobre todo entre los despedidos». Muchos de ellos miran por encima del hombro a la población inmigrante. Durante los trabajos de limpieza tras una gran tormenta, algunos trabajadores urbanos observaron: «Éste es el tipo de trabajo para el que están aquí los inmigrantes, que vienen de zonas donde nunca se ve dinero». Como para confirmar esa imagen, el *New York Times* (3 de abril de 2006), informaba acerca de los basureros del vertedero municipal de Shanghai, uno de los cuales trabajaba para pagar los 10.000 yuanes (1.250 dólares) de matrícula de escuela de enseñanza media de una hija, y los 1.000 yuanes (125 dólares) de la educación primaria de una segunda hija. Sin embargo, los sentimientos son recíprocos. Los inmigrantes, a su vez, dicen cosas similares, como «Ese se merece ser un trabajador despedido».

Según un modelo demasiado familiar en los Estados Unidos —donde, además de la condición de inmigrante, se tienen en cuenta la raza y la etnia—, hay trabajadores que ven como favoritismo los intentos del gobierno de ayudar a los inmigrantes a obtener el pago retroactivo y otros derechos que les corresponden. Los medios de comunicación aprovechan esas divisiones y promueven malas relaciones entre los diferentes grupos, diciendo que los proletarios urbanos sólo quieren tener empleos con extranjeros, afirmando a la vez que los inmigrantes están dispuestos a trabajar por «nada» y tratando de que los trabajadores despedidos los imiten,

lo cual crea resentimiento. Sin embargo, el combustible para dicha manipulación lo proporciona la creciente brecha entre los ingresos urbanos y los rurales, ahora en proporción de 3,3 a 1, «superior a tasas similares en Estados Unidos y una de las más altas del mundo», (*New York Times*, 12 de abril de 2006).

Lo tajante de estas divisiones resulta evidente en la experiencia de los trabajadores de una fábrica de equipos de transmisión eléctrica de Zhengzhou, donde en 2001 se produjeron choques importantes. Allí, cuando se vendía la fábrica y ésta cerró, la policía arrestó por la noche a manifestantes que protestaban, entró y se llevó maquinaria como si se tratara de ladrones. También llevó campesinos a cincuenta yuanes por día para que acarrearan el equipo. Esto culminó en una larga lucha. En parte para evitar la reacción pública al uso de la policía por la ciudad para que le hiciera el trabajo sucio, se contrató a campesinos que hicieran las veces de matones; éstos, portando cascos, utilizaron armas para golpear a los trabajadores. Se llevó unos treinta camiones con quinientos campesinos en el papel de esquiroles, ejemplo de lo que sucedía en todo Zengzhou. Un activista contó que cuando los trabajadores de la fábrica hicieron sonar una campana, «todo el mundo salió», lo que el 24 de julio de 2001 culminó en una batalla de cuatro horas entre campesinos y trabajadores. Ese día ganaron los trabajadores, pues acudieron en su ayuda trabajadores de otras fábricas, unos cuarenta mil en total. Aunque ocho trabajadores fueron detenidos y acusados de destruir la propiedad, también tuvieron ayuda legal y los capitalistas volvieron a perder. Como dijo un trabajador en referencia a los derechos que tenían antes de la reforma, entonces «nuestras leyes, las leyes de Mao», estaban vigentes. «Había tanta gente que el gobierno tuvo miedo.»

La magnitud de la acción popular hizo que las autoridades se dieran una tregua, pero bajo la presión de los capitalistas, los trabajadores fueron nuevamente arrestados, esta vez por la policía de seguridad pública para evitar los tribunales, y hubo diez días de lucha con los campesinos. De esa manera, se utilizó a los campesinos para sacar a los trabajadores de la fábrica, venderlo todo inmediatamente y despedir a 5.600 personas. Luego derribaron los edificios, incluidas las viviendas de los trabajadores, y entregaron la tierra a un inversor inmobiliario, quien construyó grandes almacenes y viviendas de lujo. Ahora, sin trabajo o sin casa, todo el mundo tiene miedo de seguir luchando. De vez en cuando, los policías se convierten en matones, se quitan el uniforme y actúan como una banda que protege a los propietarios capitalistas, incluso con cuchillos. En una planta de cerámica, una pandilla golpeó a un dirigente obrero casi hasta matarlo, pero las autoridades dejaron hacer y luego ignoraron las quejas.

De esta manera, la policía y otros agentes del gobierno no sólo atacan y reprimen directamente a los trabajadores de empresas de propiedad estatal, sino que azuzan a los diversos sectores de las clases trabajadoras unos contra otros. A pesar de la necesidad de unidad, esas experiencias hacen muy difícil la superación de los prejuicios y las divisiones existentes. Como dijo un activista obrero de la compañía de equipos eléctricos: «Los campesinos y los trabajadores deberían ser una familia; tuvimos que pelear con ellos, pero deberíamos trabajar juntos». Los que están en lados opuestos actúan de acuerdo con sus intereses a corto plazo. En la planta, hasta el jefe de policía dijo que no quería hacer lo que hizo, pero que estaba presionado. Un trabajador le dijo que era «como un perro». El jefe de policía respondió: «Sí, pero si no te muerdo ahora, me desuellan». La sustitución de empresas de propiedad estatal por empresas constructoras privadas intensifica las divisiones. Las nuevas fábricas que se están construyendo en la región llevan sus trabajadores del campo, les pagan salarios bajos y no les proporcionan vivienda ni prestaciones sociales. Además, como dijo un trabajador, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, en China los que son despedidos de empresas de propiedad estatal no pueden tener ni siquiera empleos en el sector de servicios, pues para eso se utilizan los campesinos, más baratos y fáciles de controlar. En consecuencia, a pesar del deseo de trabajar juntos, esas condiciones llevan inevitablemente al resentimiento entre distintos sectores de las clases trabajadoras.

No obstante estas divisiones y conflictos, cada vez se realizan mayores esfuerzos para lograr un nivel más alto de unidad entre sectores más amplios de los trabajadores urbanos y para crear vínculos más estrechos entre ellos y los campesinos, tanto con los que se quedan en las granjas como con los que emigran a las ciudades. Las manifestaciones alrededor de las fábricas de papel, textiles y de equipos de transmisión eléctrica de Zhengzhou, junto con la huelga de 13.000 taxistas de esa ciudad en 1997, muestran que decenas de miles de trabajadores de muchas empresas y sectores, lo mismo que miembros de la comunidad, se movilizaron en apoyo de quienes se oponían a la privatización, la pérdida de empleos y prestaciones sociales, o al aumento de impuestos o tarifas. No obstante, el modelo más común en toda China es el de los que trabajan en fábricas individuales y que deben hacer frente por sí mismos a sus empleadores y a los funcionarios del gobierno con ellos asociados. Con frecuencia, estos enfrentamientos —que pueden comprender acciones tales como echarse sobre las vías del ferrocarril y bloquear autopistas, o bien rodear y ocupar oficinas, así como otras maneras de interrumpir la actividad normal de la ciudad terminan con pequeños pagos a los trabajadores afectados, en abso-

luto suficientes para proporcionarles sostén a largo plazo, pero suficientes como para pacificar su demanda inmediata de algún tipo de alivio. En un intento de superar esta manera relativamente aislada de lucha, que en la mayoría de los casos demostró ser inadecuada para detener el avance general de la privatización, el desempleo y la pérdida de servicios y certezas, los trabajadores de las diferentes empresas de Zhengzhou están empezando a unirse. También en Kaifeng, donde la mayoría de las empresas de propiedad estatal ha cerrado dejando a 100.000 desempleadas, los trabajadores han expresado la necesidad de mayor unidad para salir victoriosos. Sólo recientemente, trabajadores de distintas plantas —tanto los muchos que ya han perdido su empleo como los pocos que aún continúan trabajando— han comenzado a desarrollar acciones conjuntas, realizar reuniones con representantes de cada una de las empresas y organizar protestas conjuntas que atraen participantes de todas ellas. Los activistas con los que hemos hablado allí estaban planeando una gran manifestación de trabajadores de todas las fábricas de la ciudad para fines de ese año.

Pero las perspectivas de esa acción unificada son inciertas. Quedan muchas divisiones en el proletariado urbano, tanto económicas como generacionales e incluso políticas; algunos dan más apoyo a las «reformas» y el gobierno, mientras que otros sostienen el enfoque socialista. Incluso un parque de Zhengzhou en medio de un distrito de clase trabajadora que visitamos está físicamente dividido entre grupos de trabajadores y jubilados de derecha y de izquierda, con predominio de los primeros en ciertas áreas y sobre todo durante el día, mientras que en otras zonas, y en particular por la noche, prevalecen los segundos. Como tuvimos oportunidad de comprobar directamente cuando nos detuvimos brevemente para hablar con algunos de los muchos que acuden diariamente al parque para relajarse, las discusiones pueden llegar a ser muy acaloradas y a veces incluso vagamente amenazantes. Algo análogo ocurre con las perspectivas de unidad entre trabajadores y campesinos, en la que los inmigrantes urbanos desempeñan en cierto modo el papel de intermediarios. El deseo de unirse existe, pero tanto las diferencias en sus condiciones como en el tratamiento que reciben del gobierno operan contra esos mayores niveles de unificación.

Bajo las reformas ha habido también una parcial inversión de fortunas. Tanto en las ciudades como en el campo, las personas con las que hemos hablado afirmaban que hoy, en fuerte contraste con lo que sucedía durante la era socialista de Mao, algunos campesinos están en realidad mejor que muchos de los trabajadores urbanos. Puede que sigan siendo pobres y sigan luchando por sobrevivir —las familias campesinas más empobreci-

das continúan estando en la peor situación de todas—, pero al menos tienen una parcela de tierra en la que pueden cultivar algo para comer. Incluso los inmigrantes más pobres pueden regresar a la aldea si las cosas les resultan muy difíciles en la ciudad. Sin embargo, los trabajadores urbanos no cualificados, sobre todo quienes han sido despedidos, no tienen realmente nada que perder, han sido reducidos una vez más a la clásica condición proletaria, o desprovistos de todo acceso a los medios de producción y literalmente condenados a morir de hambre sin ningún tipo de ayuda exterior. Si tienen un padre enfermo o incluso un hijo con matrículas escolares a su cargo, su situación puede ser realmente desesperada. Únicamente los más cualificados o que están en condiciones de montar una pequeña empresa tienen circunstancias más equiparables a las de los campesinos con su tierra.

En consecuencia, la unidad de acción de estas dos clases también es difícil de lograr. A menudo, las protestas y las manifestaciones tienen lugar casi simultáneamente en las ciudades y en el campo de los alrededores. De esos acontecimientos paralelos en Zhengzhou y Kaifeng y su entorno oímos hablar ya durante el breve período que estuvimos allí. En la segunda ciudad, veinte trabajadores acababan de ser arrestados en una fábrica, mientras que ese mismo día los campesinos protestaban en el condado vecino — rebelándose y llevando a cabo «actividades malas», como dijo un trabajador—, donde causaron daños a edificios del gobierno y bloquearon autopistas porque se los había timado acerca de una tierra destinada a la construcción de una carretera. Pero no había nexo entre estos acontecimiento prácticamente simultáneos, y todavía no había habido protestas conjuntas de obreros y campesinos.

Además, hay diferencias incluso en las formas de la reacción estatal a las manifestaciones de estas dos clases. Los trabajadores urbanos hacen frente a una represión particularmente dura de las autoridades locales, porque sus luchas son más visibles para el público, perjudiciales para las sedes urbanas del poder y un desafío directo al corazón mismo de las reformas: la privatización de empresas y la formación de la nueva clase capitalista. Como dijo un trabajador, él y otros como él están furiosos, «necesitan estar juntos y “rebelarse”, pero, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, se da por sentado que no dirán nada acerca de su situación». Sin embargo, «no temen morir, pues no poseen nada», de modo que seguirán luchando.

Las acciones en gran escala de los trabajadores se están incrementando en todo el país y terminan a veces con victorias locales, pero a menudo con el arresto y el encarcelamiento de los dirigentes. En contraste, a pesar de que, al menos teóricamente, la mejora de las condiciones rurales es hoy la

política oficial, el aplastamiento de las protestas campesinas puede ser más brutal aún, porque son en gran medida invisibles, a menos que las acciones alcancen una escala lo suficientemente amplia como para llegar a ser percibidas por el público —como la matanza de unos veinte aldeanos en Dongzhou, provincia de Guangdong, en diciembre de 2005, por protestar contra la inadecuada compensación por la tierra incautada para una central eléctrica. A pesar de estas divisiones y estas barreras, se tiene la sensación de que las clases trabajadoras en las ciudades y el campo pueden pronto encontrar caminos hacia la unión, en la medida en que los campesinos están cada vez más furiosos y sus condiciones convergen con las de los trabajadores urbanos, y a medida que los inmigrantes envejecen y afrontan una situación de deterioro. Los activistas que ayudan a organizarse a todas las clases trabajadoras tratan de estimular el movimiento hacia la unificación, pero se trata de un proceso largo y difícil, que sólo ha comenzado a colmar el abismo que las separa.

El retorno de la izquierda

La posibilidad de niveles tan altos de unidad se ve favorecida por la presencia, entre campesinos, inmigrantes y clase trabajadora urbana, de individuos con gran experiencia en la lucha por el socialismo en China y con conocimiento del pensamiento marxista-leninista-maoísta. Ese legado histórico tiene fundamental significado para el resurgimiento actual de la izquierda en China. Como dijo un antiguo guardia rojo en Zhengzhou, la comprensión de una «lucha en dos frentes», la clara demarcación entre el socialismo de la revolución y el capitalismo del presente, tiene su origen primordialmente en las propias clases obreras y no en los intelectuales. Adopta en particular la forma de lucha contra la corrupción, no sólo en el estricto sentido de oposición a la malversación y los sobornos, aunque eso forma parte del problema, sino con la intención más amplia de impedir que la alianza de funcionarios del Estado y del Partido, ejecutivos y empresarios, convierta por completo los medios de producción en propiedad privada de los capitalistas recién surgidos y dé marcha atrás a las conquistas socialistas de los trabajadores y los campesinos logradas durante la era revolucionaria. Los activistas, sobre todo en Zhengzhou y otras regiones, antiguos centros del movimiento comunista desde comienzos de la década de 1920, mantienen vivos la teoría, el espíritu y la práctica de la revolución. En Zhengzhou, por encima de la principal esquina del centro de la ciudad, se eleva una torre con aspecto de doble pagoda, construida en 1971, para conmemorar el más de un centenar de trabajadores asesinados

en una huelga general dirigida por los comunistas en 1923 en los ferrocarriles de Pekín a Hankou, salvajemente reprimida por el caudillo militar de la región. El legado de la era de Mao también se mantiene vivo hoy, y el nivel de la conciencia de los trabajadores es muy alto y conduce a la lucha en dos frentes.

Uno de los aspectos más notables que surgieron de las discusiones con los trabajadores en esa ciudad fue la sensación de titularidad de derechos que experimentan en las fábricas en las que acostumbran a trabajar. Fuesen cuales fuesen los límites de la propiedad social y de los derechos de participación que la clase trabajadora tenía en las empresas de propiedad estatal —y que se demostraron inadecuados como salvaguarda contra las expropiaciones de las reformas de Deng—, no hay duda de que, en el fondo, estaban convencidos de que esas plantas eran básicamente «suyas». Como explicaba uno de ellos, la fábrica de equipos de transmisión eléctrica fue «construida con el sudor de los trabajadores», y no querían que los capitalistas se hicieran con ella y la privatizaran. Pertenecía a la nación entera y formaba parte de la acumulación económica colectiva de toda la clase trabajadora. Bajo Mao, los trabajadores también tenían cierto control sobre las fábricas, «podían proponer ideas y se los escuchaba». Esto llegó a su punto culminante durante la Revolución Cultural. Luego, «ellos eran los líderes, en esa época la clase obrera se representaba a sí misma», pero ahora nadie la escucha y carece de poder. Una y otra vez, esos trabajadores expresaban su sensación de pérdida de derechos como resultado del robo efectivo de su propiedad colectiva, construida durante toda una vida de trabajo, y de pérdida de los derechos de participación de los que previamente habían gozado. Para insertar estas ideas en un contexto más teórico, un trabajador de Zhengzhou explicó que el actual sistema de «capital burocrático» es un problema político, no básicamente económico, análisis que podría haber surgido directamente del *¿Qué hacer?*, de Lenin. «Superficialmente parece económico, pero en realidad se trata de una lucha entre capitalismo y socialismo», que es ante todo una cuestión política. «China —dijo— no es como Estados Unidos, donde nunca hubo socialismo. Los trabajadores más antiguos comprenden este contexto histórico. La mayoría pasó por la era de Mao y la Revolución Cultural. Tuvieron experiencia del pensamiento de Mao Zedong y su generación desea llevar de nuevo a China a la “vía de Mao”. La protección de la senda socialista forma parte de la lucha internacional».

Este trabajador querría que en Occidente se comprendiera mejor la lucha de la clase trabajadora china y por qué es importante para ella volver al camino al socialismo. Es una lucha larga. Él espera que, lentamente,

los trabajadores chinos vuelvan a esa senda, en cuyo caso terminarán por alcanzar el triunfo. Pero también advertía que si el actual movimiento no mejora pronto su nivel, los trabajadores más jóvenes sólo lo verán como una lucha económica por «mejores condiciones». Ese es el legado del período de reforma antisocialista y de las máximas de Deng Xiaoping —como la de «enriquecerse es magnífico»—, que están arruinando la comprensión de los trabajadores más jóvenes. «La mayoría de ellos tiene miedo incluso a reunirse y hablar de esta manera». Todo esto es lo que oímos expresar no pocas veces a los trabajadores mayores.

Debido en parte a esta razón, quienes aún se dedican a la lucha por el socialismo han encontrado otras maneras de transmitir su conciencia y su experiencia, de conservar vivo el legado de la revolución y pasarlo a las nuevas generaciones. En un rincón del parque que visitamos, en medio del distrito de clase obrera en Zhengzhou, los trabajadores y los miembros de sus familias se reúnen todas las noches a cantar las antiguas canciones revolucionarias. En el atardecer de un día laborable que estuvimos allí, un centenar o más de individuos —desde jubilados de edad avanzada a adolescentes e incluso niños— participaban del canto, verdaderamente animado, acompañados por un grupo de músicos y bajo la batuta de un dinámico director. Me informaron de que a menudo los fines de semana «son muchos más, hasta llegar al millar, aproximadamente. Como dijo uno de los trabajadores que nos llevaron al parque: «El sentido político de estos cantos es mostrar nuestra oposición al Partido Comunista —a aquello en lo que éste se ha convertido— y emplear a Mao para oponernos a él y aumentar la conciencia».

El mismo espíritu histórico impregna también las luchas prácticas en la ciudad. En el 2000, cuando empezó la huelga en la fábrica de papel, que es todavía el «modelo» de resistencia a la privatización en esta zona, los trabajadores, de acuerdo con un activista, utilizaban los métodos de la «Revolución Cultural», a saber: expulsar a los ejecutivos, tomar la fábrica, impedir el vaciamiento de sus instalaciones e instituir el control obrero. Tras muchas peripecias, parte de la planta todavía permanece en manos de los trabajadores, pero no sólo lucha para sobrevivir en la economía de mercado, sino también para hacer frente a los intentos oficiales de socavarla económicamente. Como explicaba su líder, después de haber estado en la cárcel, adoptaron esta forma específica de lucha «porque los principios de la Comuna de París vivirán eternamente». Análogo enfoque histórico de izquierda se pudo advertir en la lucha de la planta de equipos eléctricos, donde uno de sus eslóganes era: «Los trabajadores quieren producir y vivir»; pero también levantaron una bandera que decía: «Sostener siempre

el pensamiento de Mao Zedong». Otras acciones de los trabajadores adoptan una forma aún más abiertamente política.

El mismo año en que era tomada la fábrica de papel se iniciaba una celebración del aniversario de la muerte de Mao. En 2001, este encuentro contó con la presencia de decenas de miles de trabajadores, rodeados por diez mil policías, y se desencadenaron una gran huelga y enfrentamientos de importancia. Hoy, los trabajadores tienen prohibido incluso ir a la plaza donde todavía está en pie la última estatua de Mao en la ciudad, coincidiendo con la fecha de su nacimiento o bien de su fallecimiento. Pero van de todas maneras y se enfrentan a la policía. Fue allí donde, el 9 de septiembre de 2004, un trabajador activista, Zhang Zhengyao, distribuyó unas octavilla que acusaban al Partido Comunista y al gobierno de abandonar los intereses de la clase trabajadora y de participar de la extendida corrupción. Su octavilla también denunciaba la restauración del capitalismo en China y llamaba al retorno a la «vía socialista» de Mao. Tanto él como el coautor del pasquín, Zhang Ruquan, fueron arrestados tras el allanamiento policial de sus respectivas viviendas. Su caso se convirtió pronto en China en una *cause célèbre*, que provocó el desplazamiento a Zhengzhou de muchos izquierdistas desde todo el país para protestar contra el juicio a puerta cerrada al que se sometió a ambos en diciembre de 2004, ocasión en que se los condenó a tres años de prisión. Junto con Ge Liying y Wang Zhanqing, que colaboraron en la redacción e impresión de la octavilla y también sufrieron el acoso de la policía, estos trabajadores activistas eran conocidos también como «los Cuatro de Zhengzhou».

Una carta que pedía su liberación, iniciada en Estados Unidos y dirigida al presidente Hu Jintao y al primer ministro Wen Jiabao, reunió doscientas firmas procedentes de fuera y de dentro de China aproximadamente en partes iguales. Fue una demostración de apoyo sin precedentes a trabajadores de izquierda, sobre todo dado el riesgo potencial para quienes la firmaban, que estableció un nexo entre intelectuales y activistas chinos y sus pares internacionales. Aunque el gobierno no respondió directamente a la carta, más tarde se dejó en libertad a Zhang Ruquan, ostensiblemente por motivos de salud, aunque algunos activistas creen que, al menos en parte, se debió a la presión que generaron la petición y otras actividades solidarias conexas, como la difusión de informaciones y análisis, a veces extensos, en relación con su caso a través de sitios izquierdistas de la red informática.

Los Cuatro de Zhengzhou representan la negativa de los trabajadores de China a aceptar pasivamente las nuevas condiciones que les imponen el Partido y el Estado, la persistencia de la ideología y el activismo de izquier-

da en sus filas y el creciente apoyo que reciben desde distintos sectores de la sociedad e incluso desde el extranjero. Pero este caso también puso de manifiesto las divisiones y a la vez la renovada fortaleza de la izquierda china. Fueron sobre todo los jóvenes izquierdistas quienes tomaron la iniciativa de firmar la carta con la petición por los Cuatro de Zhengzhou y quienes utilizaron *internet* para hacerla circular ampliamente, mientras criticaban a aquellos de sus mayores y mentores que, al menos en un primer momento, se habían abstenido. Para la generación joven, la solidaridad con los trabajadores que adoptaban un actitud pública de izquierda se iba imponiendo a la preocupación por si ésa era exactamente la línea correcta. En cuanto a los izquierdistas más viejos, a menudo las antiguas divisiones y luchas sobre ideología y política bloqueaban la unidad para una acción común. En su caso es más duro dejar los conflictos históricos al margen a la hora de abordar las nuevas condiciones del presente.

Estas actitudes distintas reflejan un análisis ampliamente aceptado de los tres grupos principales de la izquierda china: 1) la «vieja» izquierda, formada en su mayoría por elementos originarios de las filas del Partido y del Estado, quienes, tras haber abrazado inicialmente, en muchos casos al menos de modo parcial, las reformas de Deng Xiaoping, se fueron pasando a la oposición a medida que la naturaleza capitalista de esas reformas se hacía más evidente; 2) los «maoístas» que permanecieron firmes en su apoyo a los programas de la era revolucionaria del socialismo chino bajo Mao y tienen su base popular sobre todo entre los trabajadores y los campesinos; y 3) la «nueva» izquierda, que, como su análoga en Occidente (en especial durante los años sesenta del siglo XX), tiende a estar compuesta por la generación más joven, que se centra particularmente en las universidades y en las nuevas ONG, y está abierta a un amplio espectro de tendencias marxistas y socialdemócratas de base sociológica diversa, pero que, muchos veces, desea al mismo tiempo alinearse con los seguidores de Mao antes que con los de la «vieja» izquierda. Sin embargo, las líneas divisorias entre estos tres grupos no son en absoluto rígidas ni mutuamente excluyentes. Puede encontrarse «viejos» izquierdistas en toda la sociedad, tanto dentro como fuera del gobierno, mientras que muchos «maoístas» e incluso algunos pertenecientes a la «nueva» izquierda trabajan en el Partido y en el Estado. Pero no debería exagerarse a propósito de ningún paralelismo con análogas clasificaciones de la izquierda en Occidente —en especial por lo que se refiere la «nueva» izquierda—, pues en China cada sector tiene sus características específicas, que reflejan la historia de la lucha en este país. En Beidaihe, la ciudad de la costa en la que todos los años se reúnen los máximos líderes para planificar la estrategia, tuvo lugar en 2001 un

encuentro muy inusual de cuatro tendencias políticas diferentes, organizado por un ex dirigente de los guardias rojos de Zhengzhou que había estado preso durante muchos años después del comienzo de las reformas y sigue siendo un activista. Estuvieran de acuerdo o discreparan sobre si había que oponerse a todas las políticas de reforma, estaban unidos en la crítica a Deng Xiaoping por la magnitud de la recapitalización que había introducido.

Más recientemente, tuvo lugar un foro de altos cuadros de varias instituciones, universidades y agencias destacadas para desarrollar un análisis marxista de la situación actual, foro que contó con la introducción del presidente de la Universidad de Pekín. Se esperaba convertir esta ocasión en un encuentro regular. El antiguo miembro del Partido que estaba tras la organización de ese encuentro explicó que el mismo no hubiera sido posible sin al menos algún apoyo de alto nivel. En Zhengzhou, un foro similar conducido por izquierdistas y liberales —término que, en la China de hoy, incluye a menudo gente más radical que sus análogos occidentales—* reunió en la pasada década a personas que defendían un amplio espectro de puntos de vista. Su fundamento común era una marcada sensación de que la actual dirección de la sociedad china y de las políticas oficiales no es sostenible. De esa manera, a pesar de las diferencias ideológicas y de enfoque, muchos de ellos se clasifican aproximadamente en las tres categorías de izquierda citadas —«vieja», «maoísta» y «nueva»—, tanto dentro como fuera de los cuerpos e instituciones del Partido y del Estado, y no sólo sus ideas, sino también sus diversos foros y encuentros, se solapan, se interpenetran y se influyen mutuamente, llegando incluso a atraer a quienes no comparten su ideología. Entre las nuevas ONG, algunas tienen una sólida base de izquierda y trabajan en problemas prácticos tales como proporcionar escuelas a las aldeas empobrecidas y promover una sociedad más gobernada por trabajadores y campesinos que la que defienden las fundaciones que siguen la corriente de ideas predominante. Ese retorno a la izquierda refleja la fuerza creciente de la lucha popular entre las clases trabajadoras, que ha hecho imposible seguir soslayando el abordaje de la crisis social en China y la amenaza de que, sin un cambio radical en las políticas actuales, sólo puede agravarse. Reabre la posibilidad, por distante que pueda parecer hoy, de una renovación del socialismo revolucionario de la era de Mao.

* En el mundo anglosajón, «liberal» equivale aproximadamente a socialdemócrata, no a partidario del liberalismo económico y la no intervención del Estado, como es el caso en el continente europeo. [T.]

Un asombroso ejemplo de esta nueva apertura a la izquierda es una carta que un grupo de «militantes veteranos del PCC, cuadros, personal militar e intelectuales» envió a Hu Jintao en octubre de 2004, con el título «Nuestros puntos de vista y opiniones sobre el actual panorama político». Aunque de tono más respetuoso que la octavilla de los Cuatro de Zhengzhou y concediendo cierto crédito positivo a las «reformas» por sus beneficios económicos, trata de modo muy parecido los mismos temas que ésta y, con su llamamiento a la acción correctora y a retornar a la senda socialista y alejarse del «camino capitalista», presenta una crítica igualmente militante a la situación actual. No está claro si hubo alguna relación directa entre estos dos documentos. Pero los izquierdistas de China continuaron reuniendo firmas en apoyo de los Cuatro de Zhengzhou, y el ardor con que una parte de la «nueva» izquierda abrazó su causa y la defensa de sus actividades «maoístas» está abriendo más espacio para que los «viejos» izquierdistas reafirmen sus ya antiguas críticas, como la carta a Hu. Esta voluntad de los veteranos de las primeras luchas revolucionarias a presentar batalla tan abiertamente contra las políticas actuales del Partido y del Estado nos da una medida del nuevo clima emergente. Ya en 1999, nuestras discusiones con los izquierdistas más antiguos dejaron claro que la atmósfera reformista predominante los obligaba a ser todavía muy contenidos. Ahora, está claro, muchos de estos antiguos líderes y otros que mantienen posiciones similares se sienten «liberados» para expresar más abiertamente sus opiniones. En consecuencia, no sólo en teoría el pasado continúa informando el presente y las acciones de una parte de la izquierda influyen en otras, sino también en la práctica.

En algunos casos, pocos en cantidad pero a veces muy importantes por su influencia, siguen utilizándose las formas socialistas de organización de la era de Mao, aunque necesariamente con modificaciones para satisfacer las nuevas condiciones de la economía de mercado. Así, todavía hoy, alrededor del uno por ciento de las aldeas, que suman en total varios millares —las cifras varían en función de quién efectúe la medición y qué criterios se utilicen—, nunca abandonaron del todo la colectivización de la época de la comuna. Incluso algunas de las que habían puesto en práctica las reformas de Deng han retornado a la producción colectivizada, convirtiéndose en modelo para que otros exploraran nuevas alternativas de economía rural. El ejemplo más notable de mantenimiento de las metas y los métodos de la época socialista, Nanjiecun (Aldea de la Calle Sur), un pueblo «maoísta» de la provincia de Henan, más o menos a una hora de Zhengzhou, que comenzó a recolectivizarse hace quince o veinte años, continúa funcionando como una comuna para todos sus habitantes, esencialmente

en lo que atañe a vivienda, atención médica y educación gratuitas, e incluso al pago de gastos universitarios de sus jóvenes. También sostiene las prácticas igualitarias de la era socialista, como no pagar a sus administradores un sueldo superior al salario de un trabajador cualificado. También se mantiene fiel a las metas políticas de Mao, cuyas fotos y máximas, junto con imágenes de otros líderes revolucionarios —comprendidos Marx, Engels, Lenin y Stalin— se muestran de modo prominente por todo el pueblo. Aquí, los complejos de viviendas de muchas plantas, con pisos bien iluminados y aireados para cada familia, están rodeados de avenidas, paseos y jardines de imaculada limpieza. El pueblo tiene una espléndida escuela y una guardería. Este escenario es prácticamente único en China —fuera de los nuevos complejos urbanos de población rica— y presenta un brusco contraste en relación con el medio rural más típico que uno encuentra apenas traspasa los muros y las puertas de esta comuna.

Pero incluso con tales éxitos, las prácticas de Nanjiecun encierran muchas contradicciones, pues para gran parte de su financiación la aldea se basa en la inversión extranjera y utiliza campesinos de los alrededores —que se alojan en dormitorios decentes, pero decididamente menos confortables— como principal fuerza de trabajo de sus «empresas municipales», plenamente integradas en la nueva economía capitalista. Recientemente, de acuerdo con los activistas de Zhengzhou, incluidos dos que nos acompañaron en nuestra visita a la aldea, ésta pasó por graves dificultades financieras, en gran parte debido a su excesiva expansión en áreas de producción nuevas y desconocidas. Pero a pesar de esas limitaciones —inevitables dada su situación, rodeada como está de un mar de capitalismo, y obligada a competir en la economía de mercado para sobrevivir—, sirve como foco de atracción para quienes todavía creen que hay otro camino posible para la China rural. Diariamente llegan de todo el país delegaciones —a veces formadas por autobuses llenos de campesinos o de obreros— para estudiar cómo ha continuado con la práctica tanto de la producción como de la distribución colectivizadas. También ha recibido la bendición, y por tanto la protección, de las autoridades provinciales de Henan. La carta abierta a Hu Jintao que en 2004 escribieron los veteranos izquierdistas del Partido señalaba a Nanjiecun como modelo de lo que hoy se necesita en las zonas rurales. Pero aun allí donde el legado de Mao no es tan destacado, las experiencias y los conceptos del mismo siguen siendo el marco de referencia con el que constantemente se comparan y a cuya luz se analizan las condiciones del presente.

Un hecho importante que se advierte en el verano de 2004 es un nuevo movimiento que tiende a la formación de cooperativas agrícolas, en un

esfuerzo por mejorar el aislamiento y la inseguridad de las granjas de responsabilidad familiar en relación con el mercado global. Estas cooperativas tienen como principal finalidad crear economías de escala destinadas al mercado mediante la compra colectiva de fertilizantes, por ejemplo, y una mayor capacidad de negociación de los precios de sus cosechas, así como el ofrecimiento de apoyo financiero y seguridad a sus socios. Estos esfuerzos constituyen significativos distanciamientos del principio individualista del sálvese quien pueda propio del período de reformas, aun cuando no puedan empezar a eliminar todos los desastrosos aspectos de la situación que afronta el campesinado en su conjunto. Aunque no sean un retorno a las comunas y representen como máximo un tipo de recolectivización a medias, no sólo continúan inspirándose en la experiencia de movimientos cooperativistas previos a la revolución, sino también en conceptos de la era de Mao, en los que sus miembros suelen estar muy versados. Por tanto, no es raro encontrar gente como el director de una cooperativa que visitamos cerca de Siping, en la provincia nororiental de Jilin, que expuso un detallado análisis comparativo de las clases rurales y urbanas y de su situación hoy en día, o los miembros jóvenes que sostuvieron, desde un punto de vista socialista, una larga y profunda discusión sobre la situación del campo, no sólo desde el punto de vista interno, sino también en relación con el resto del mundo. Las clases trabajadoras chinas no sólo tienen cosas que enseñar a los intelectuales de las ciudades acerca del mundo real del trabajo y la explotación, sino que, por eso mismo, tienen más experiencia en la puesta en práctica del socialismo. Y en muchas ocasiones han alcanzado un desarrollo más pleno de la comprensión y aplicación de las bases del pensamiento marxista-leninista-maoísta que algunos de los jóvenes y más educados izquierdistas.

Al mismo tiempo, la rápida polarización de la sociedad está poniendo a buena parte de las nuevas clases medias, con independencia de su ocupación o de su posición específicas, en unas condiciones muy semejantes a las de los trabajadores y campesinos, lo que lleva a crear un fundamento cada vez más amplio para su unión y contribuye a crear una base de masas para la resurrección de la izquierda. El sistema capitalista está devorándose a sí mismo y generando rápidamente grupos cada vez más amplios de alienados. Hoy, incluso muchos cuadros del Partido Comunista de las empresas otrora estatales son despedidos tras haber colaborado en la venta de las mismas a inversores privados. Los nuevos propietarios capitalistas no se quedan con ellos, condición que un trabajador describió como «quemar el puente que acabas de cruzar». A consecuencia de ello, muchos también están hoy en paro y entienden mejor qué es en realidad la «socie-

dad de mercado» y se «les despierta la conciencia».

Son comunes estas nuevas maneras de entender que derivan de las cambiantes condiciones de vida. Hemos oído más de un relato procedente de quienes comenzaron adoptando las reformas de Deng —como un académico progresista con quien hablamos en Pekín— y que ahora están volviendo a Mao e incluso reconsiderando la propia Revolución Cultural. En algunos casos, esto es el resultado directo de su «aprendizaje de las masas». Tal es el caso de un destacado estudioso de las áreas rurales, otrora completamente conservador, cuya «conversión» se produjo porque, en sus visitas a los campesinos, nunca oyó una palabra de crítica a Mao y, en cambio, muchas contra Deng, lo que le obligó a reexaminar sus propias actitudes con respecto al pasado. Pero estas reevaluaciones tienen raíces mucho más profundas que las meras experiencias personales. Para muchos, incluidos algunos pertenecientes a la élite intelectual, las diversas tendencias ideológicas que florecieron desde comienzos de la era de las reformas —desde los argumentos de racionalización de la mercantilización y la privatización con características chinas especiales que proponen los propagandistas del Partido y del Estado, hasta los conceptos del liberalismo occidental que se encuentran sobre todo en círculos académicos y de ONG— se están mostrando inadecuadas para explicar lo que sucede hoy en China.

Como manifestaron en distintas conversaciones un ex integrante de la Guardia Roja y un joven intelectual activista, «después de haber probado todo lo demás», los que en un principio apoyaron las políticas de reforma, pero que hoy intentan a ciegas comprender lo que está ocurriendo, «tienen que volver a la lucha en dos frentes y a la Revolución Cultural para tratar el presente», porque han probado otros enfoques y ninguno de ellos ofrece una explicación.

Mientras que hace sólo unos años los problemas de la sociedad china parecían ser específicos y, por tanto, relativamente fáciles de «arreglar» —por ejemplo, a través de una campaña «contra la corrupción»—, hoy existe una creciente sensación de que son sistémicos e intratables, que requieren una transformación mucho más fundamental, una reforma que el capitalismo y el mercado mundial no están en condiciones de llevar a cabo, y que el Estado y el Partido, tal como están constituidos en el presente, no son capaces de resolver. Como resultado de todo esto, la crítica de la vía capitalista que Mao puso en marcha durante la Revolución Cultural, vuelve hoy a presentar un creciente interés, porque estas ideas, que enunció en sus últimos años de vida, siguen ofreciendo el tipo de análisis exhaustivo del sistema actual que llega a la raíz de sus crecientes contradicciones, y señala soluciones más profundas que los meros intentos de mejorar las cosas.

Por tanto, entre los intelectuales están empezando a caer muchos de los tabúes previos.

Incluso la Revolución Cultural, que en gran parte continúa siendo un anatemata para la mayoría de los académicos y otros miembros de la élite —nos dijeron que la simple sospecha de una actitud positiva al respecto podría llevar al aislamiento de sus iguales y a la ruina de una carrera—, se está convirtiendo otra vez en un tema de discusión y de reexamen. Esto es particularmente cierto entre los izquierdistas jóvenes que están haciendo su propia búsqueda histórica, desenterrando materiales desdeñados durante mucho tiempo, realizando entrevistas a quienes fueron activos durante aquel período y difundiendo sus hallazgos a través de la red informática y por otras vías, desafiando la línea oficial del Partido sobre los acontecimientos de aquella época.

Hay otras señales igualmente significativas de este creciente resurgir de la izquierda y de la expansión de sus nexos con la lucha de la clase trabajadora. En 1999 estuvimos con estudiantes de la Universidad de Qinghua, en Pekín —a menudo considerada como el MIT de China*— que formaban parte de un pequeño grupo de estudios marxistas, uno de los pocos que habían surgido recientemente, en especial en las universidades más de élite. Hice la observación entonces que, para ser eficaces, tendrían que encontrar una manera de trascender sus campus y conectar con las clases trabajadoras, algo que el movimiento estudiantil de Tiananmen de 1989 no había conseguido. En esa lucha, aunque más tarde se unieron muchos trabajadores, al menos de Pekín —que recibieron a su vez los embates de una violencia y una represión asesinas que acabaron con ella—, el abismo entre los estudiantes y las clases trabajadoras estaba fundamentalmente sin zanzar.

En Changchun, en el nordeste, por ejemplo, donde tuvo lugar una versión reducida del mismo movimiento, los trabajadores de la gran planta de First Auto se negaron a unirse a los estudiantes que se declararon en huelga en las universidades, amarga experiencia que había dejado a los estudiantes expuestos a una durísima represión y los había llevado a reevaluar su aislamiento respecto de las clases trabajadoras. Al final, como tan a menudo ha sucedido en la historia china, el que aplastó el movimiento en Tiananmen, tras la negativa de los regimientos estacionados en las cercanías de Pekín, fue un ejército formado ampliamente por campesinos. Las lecciones de esa época no fueron desaprovechadas por la actual generación de estudiantes de izquierda, y en el verano de 2004 el cambio no pudo haber

* Por el Massachusetts Institute of Technology, en Boston (EEUU), donde enseña entre otros Noam Chomsky. [T.]

sido más impresionante. Hoy, los estudiantes activistas dejan los campus universitarios en cantidades significativas para tomar contacto con las clases trabajadoras, estudiar sus condiciones, ofrecerles apoyo legal y material y volver a sus aulas con informes de lo que sucede en las fábricas y las granjas.

Un veterano guardia rojo de la Revolución Cultural, que sigue siendo un organizador decisivo de la izquierda en Zhengzhou, explicó el gran cambio que se ha producido en la relación entre obreros y estudiantes. Ya en 2000, los estudiantes del grupo de estudios marxistas de la Universidad de Pekín, la principal institución de estudios superiores del país, empezaron a visitar fábricas en esa ciudad. A partir de 2001 y hasta el presente, todos los años llegaban grupos de estudiantes de la Universidad de Qinghua. En 2004 fueron a Zhengzhou unos ochenta estudiantes procedentes de otro campus importante de Pekín. Las autoridades nacionales temen el crecimiento de estos contactos e intentan desalentarlos. En contraste con la gratuidad de los viajes en tren y otros estímulos que se ofrecían durante la Revolución Cultural a los estudiantes que deseaban recorrer el país, hoy el gobierno procura detener ese flujo, rehusándose incluso a vender billetes a las delegaciones de estudiantes, o negándoles el derecho a apearse en Zhengzhou. No obstante, siguen llegando. Van a las fábricas y algunos incluso vivieron en ellas durante las primeras fases de la lucha en esa ciudad, para tratar de ayudar a detener los cierres de plantas. Una vez iniciado en Zhengzhou, ese movimiento se extendió al nordeste, así como a otras regiones del país. También llega a las zonas rurales, donde los estudiantes van a las aldeas para realizar actividades similares, llevar material, establecer contactos, ofrecer apoyo legal y , en general, romper el aislamiento que sienten muchos activistas campesinos. Hoy, en la Universidad de Pekín, y muchas otras instituciones de educación superior, se ha creado específicamente con ese fin una organización llamada Hijos de los Campesinos, que, pese a su nombre, incluye igualmente muchas «hijas».* Un activista de izquierda con quien habíamos estado en 1999 y que en aquel momento parecía ser prácticamente el único que investigaba las condiciones de la clase trabajadora y estimulaba a otros a hacerlo, explicó que en 2004 los estudiantes parecían muy motivados por sí mismos y no necesitaban el liderazgo de otros como él. Ahora son ellos quienes toman la iniciativa.

Este movimiento se ve al mismo tiempo impulsado y facilitado por los cambios en la constitución y las condiciones del propio cuerpo estudiantil universitario. Con el triple de matriculados universitarios que en 1999, hay

* Esta aclaración tiene sentido en inglés porque Sons (Hijos) es una voz exclusivamente masculina. [T.]

más estudiantes que proceden de familias de clase trabajadora y muchos de ellos afrontan dificultades cada vez mayores para financiar sus estudios y, una vez graduados, para encontrar trabajo. El resultado es la expansión de la base social para la creación de empatía y unidad de muchos estudiantes universitarios con trabajadores y campesinos. Las universidades chinas son menos reductos de privilegiados y tienen un carácter más masivo que en los años iniciales de la reforma, cuando, como reacción a la Revolución Cultural, Deng Xiaoping cargó el acento sobre el ser «experto» en lugar de «rojo» y reforzó el retorno a requisitos de ingreso más exclusivos. El resultado es que hoy los estudiantes de izquierda están cubriendo el hueco entre los intelectuales de élite y los que luchan en las fábricas y las granjas, de quienes hoy son muchas veces parientes, o al menos pertenecientes a las mismas clases de las que ellos son originarios. En algunos aspectos, por tanto, el escenario actual en China no se asemeja a nada más que al de los primeros días de la Revolución Rusa, cuando Lenin conducía a los estudiantes marxistas a los distritos fabriles para conectar con los obreros. La diferencia decisiva está en que ahora, por supuesto, no es sólo que muchos estudiantes provengan de familias de trabajadores y de campesinos, sino que los jóvenes izquierdistas chinos, incluso cuando buscan a tientas una nueva relación con las clases trabajadoras, tienen a sus espaldas cincuenta años de experiencia socialista revolucionaria bajo el liderazgo de Mao sobre la cual construir. Los conceptos, las políticas y las relaciones de esa época no pueden —y no deberían— aplicarse sin modificación alguna a la situación diferente de hoy en día. Pero siguen siendo una inmensa reserva de ideas y prácticas revolucionarias en las que la izquierda puede inspirarse a la hora de abordar las condiciones de las clases trabajadoras ante las reformas capitalistas y el actual escenario de mercantilización global. Lejos de ser nuevas, las ideas de izquierda están ya profundamente arraigadas entre los trabajadores y los campesinos.

No obstante, sería un grave error exagerar esas tendencias. La izquierda china como fuerza reconocible es todavía pequeña, marginal y está dividida —como las propias clases trabajadoras— en muchos grupos y facciones. Lo mismo que ocurre con la izquierda en todo el mundo, ha tenido que hacer frente al desmoronamiento del mundo que había conocido y está tratando de encontrar nuevas sendas a seguir sin un equipo único de conceptos unificadores en torno al cual organizarse y movilizar a las clases trabajadoras. En gran medida, la vanguardia de hoy en China son los propios trabajadores y los campesinos, que libran lo que por momentos son grandes batallas. Aunque en general están dirigidos por izquierdistas de sus propias filas, hasta ahora es muy escaso, si es que existe, un movimiento

organizado de la izquierda en su conjunto. Nuevas ideologías en competencia —que incluyen conceptos reformistas liberales y socialdemócratas— plantean también un desafío a la izquierda. En un desarrollo que evoca la situación de los Estados Unidos, hasta el término «clase» se utiliza menos en la actualidad, para hablar en cambio de «grupos sociales débiles» en el mercado, mientras que el concepto de explotación se usa explícitamente con menos frecuencia. Estas tendencias se ven reforzadas por el estilo de vida de muchos profesionales urbanos, sea cual fuere su posición política. Algunos intelectuales, incluidos los que se consideran izquierdistas, ganan mucho dinero en las ciudades y carecen en general de cualquier tipo de vínculos con las clases trabajadoras, cuyas condiciones pueden parecerles cada vez más distantes en comparación con sus propias experiencias.

Los que intentan tomar posiciones públicas o traducir sus ideas en acción son ampliamente reprimidos, aunque no se trata necesariamente de una cuestión de derecha o de izquierda. Que el gobierno actúe depende más bien de cuánto se aparte uno del marco de referencia aceptado. Incluso un organizador de inmigrantes que favorecía las reformas y defendía la privatización de la tierra con el fin de convertir a los campesinos en «ciudadanos» independientes, fue arrestado por tratar de realizar un mitin en Pekín para promover los «derechos humanos». Cualquier intento abiertamente organizado de poner fin al régimen unipartidario es una línea imposible de cruzar, y cualquier cosa que parezca socavar el dominio del Estado sobre todas las áreas de la actividad pública puede crear rápidamente problemas, con independencia de su contenido político específico.

Sin embargo, para las autoridades la izquierda constituye una amenaza especial, puesto que tiene el potencial de dar más organización a la lucha de la clase obrera en rápida expansión. Típico de esta actitud es el cierre del Sitio de Internet y las Listas de Discusión de los Trabajadores de China. A diferencia de la mayoría de los otros foros de este tipo, éste era «el primer sitio de internet manejado por la izquierda en China que permitía a los trabajadores y agricultores hablar de sus luchas en defensa del socialismo en la China de hoy». En él los intelectuales, incluidos los que formaban parte de las clases trabajadoras, podían «participar en discusiones con los trabajadores sobre problemas de los trabajadores»*. Este enlace representa una amenaza particular para los dirigentes del Partido y el Estado, porque, como explicó uno de los miembros de su colectivo editor en

* Stephen Phillion, «An Interview with Yan Yuanzhan», MRZine, <http://mrzine.monthlyreview.org/phillion130306.html>.

Pekín, «el gobierno no está haciendo socialismo». Sobre esa base, «los trabajadores diferencian entre el Partido Comunista del período maoísta y el de hoy». Desde el punto de vista de las clases trabajadoras, es decisivo que sus voces se oigan. «Esto es lo que una democracia socialista debería desear: que los trabajadores tengan el tipo de democracia que el capitalismo no podría proporcionar». Pero el sitio de internet fue clausurado mediante la imposición de un exorbitante arancel de registro, que los miembros de las clases trabajadoras no podían permitirse pagar.

Entre los trabajadores y los campesinos, las crecientes filas de intelectuales, y también en la nueva clase media, hay una amplísima demanda de mayor transparencia, tanto en el sistema económico como en el político, y la reclamación de su derecho a una mayor participación en las decisiones que los afectan. Aunque la «democracia» electoral de estilo norteamericano todavía pueda carecer de amplio atractivo, mucha gente habla ya abiertamente de derechos democráticos. Para algunos, la meta principal es la libertad de expresión, mientras que para otros lo son los partidos de oposición. Muchos trabajadores hablan hoy incluso de que «el sistema unipartidario no funciona». Se están realizando foros, incluso en el seno del Partido, en busca de una manera de abrir más espacio para el debate abierto, y las nacientes ONG de la «sociedad civil» cubren una amplia gama de temas, como los relativos a los derechos de las mujeres y al medio ambiente.

En consecuencia, son amplios los sentimientos favorables a la democracia, y el gobierno sabe que no puede reprimirlos. Lo que está tratando de hacer para responder a este desafío es introducir el cambio en forma gradual. Pero las políticas oficiales de reformas en esta área —como elecciones en los gobiernos de aldeas—, pese a una superficial democratización, suelen toparse con una actitud cínica por parte de las clases trabajadoras, pues en gran parte sólo se las usa para ratificar las designaciones que el Partido realiza desde arriba. En esto, lo mismo que en tantas otras áreas, los recuerdos de la era socialista, y en especial la participación, durante la Revolución Cultural, de los trabajadores y los campesinos en el gobierno de sus fábricas y granjas, e incluso las universidades y los gobiernos locales, continúa sirviendo de referencia y contrasta fuertemente con la actual eliminación de todos esos derechos políticos. Como dijo un trabajador, «las reformas democráticas, tal como el gobierno las ha aplicado hasta ahora, atacan el corazón mismo de la revolución de Mao y ponen patas arriba la vida de los trabajadores; son en realidad una forma de venganza y represalia de que se hace objeto a la clase obrera».

La clave de un enfoque aceptable de la reforma política, por tanto, estará en encontrar, una vez más, una manera de reunir el concepto izquierdis-

ta de control obrero y campesino y el de democracia participativa, que hoy forma parte de la agenda progresista global. Esta búsqueda ya ha comenzado. En la carta de 2004 a Hu Jintao que redactaron los veteranos de la revolución, una de las principales exigencias era revitalizar las luchas de masas desde abajo como medio de controlar el abuso de poder y dar a las clases trabajadoras mismas un papel directo en las funciones del Partido y del Estado, como parte de un sistema democrático. Pero los obstáculos para la construcción de un movimiento unitario y la realización de esos cambios revolucionarios son tan desalentadores en China como en cualquier otro lugar del mundo. Los trabajadores y los campesinos más viejos creen que, a pesar del legado recibido del pasado, si no se alcanza pronto un mayor nivel en la lucha por el socialismo, el recuerdo de la era de la revolución morirá, y los miembros de la generación más joven no conocerán ni perseguirán otra cosa que el deseo de enriquecerse y sumarse a la cultura consumista. En ese caso, tendrán que empezar otra vez desde el principio, por así decirlo, si es que alguna vez se deciden a afrontar la necesidad de un cambio fundamental.

Pero los chinos tienen la ventaja de haber estado allí, de haberlo hecho antes. Por lejana que la perspectiva pueda parecer a veces, China todavía tiene la posibilidad de una vía rápida a la renovada revolución socialista, un desarrollo que volvería a sacudir el mundo. Es claro que sólo se trata de una entre las muchas situaciones posibles en China en el futuro próximo. La complejidad y la polarización de su estructura de clases están empujando a la sociedad china en direcciones contradictorias.

Esto es evidente en los recientes desarrollos, tanto de las condiciones de las clases trabajadoras como de la respuesta del Partido y del Estado a los nuevos desafíos. En un intento de prevenir la agitación en el campo, los dos máximos líderes, Hu Jintao y Wen Jiabao, han introducido una serie de cambios en la política rural, de tangibles efectos dramáticos. Uno de esos cambios consistió en la eliminación del impuesto agrícola a los campesinos, así como la de la mayoría de las tasas locales —muchas de ellas, ilegales— que habían sido una fuente importante de protestas. También hay planes de aumento de la inversión en las áreas rurales, incluso en fábricas de ciudades pequeñas y aldeas, y especialmente en educación y atención médica, así como en restauración medioambiental. Junto con la fijación de un precio más favorable para los bienes agrícolas, estos ajustes han aliviado significativamente la presión económica sobre muchas familias campesinas. Hay incluso conversaciones oficiales de las Nuevas Aldeas Socialistas, aunque el sentido de este término no está claro hasta ahora y puede que se trate simplemente de un intento de poner a las políticas ya

en ejecución una etiqueta nominalmente más izquierdista. La profundidad de las reformas dentro de las reformas que se han anunciado está por ver, sobre todo dado el récord de incumplimientos en el nivel local —factor endémico de la gobernanza china— y la venta incesante de tierra campesina para negocios inmobiliarios por parte de funcionarios corruptos, que en muchas zonas continúa con idéntica intensidad. Sin embargo, hay un impacto que ya se advierte muy claramente. En una asombrosa inversión de la situación, hace tan sólo unos tres años, aproximadamente, las zonas exportadoras de las regiones costeras están experimentando una creciente escasez de trabajadores, pues los inmigrantes están regresando en grandes cantidades a sus aldeas o, por lo menos, a ciudades del interior, no tan lejos de su casa, en parte para aprovechar la mejora de las condiciones en éstas, y en parte como en señal de creciente rechazo de la dura explotación de las fábricas de la costa. Esta inversión del proceso migratorio es un reflejo de la mayor conciencia, resistencia y autoorganización de los inmigrantes, muchos de los cuales son ahora veteranos experimentados y no seguirán aceptando las condiciones que los sedujeron en sus años juveniles. Incluso está empezando a agotarse la corriente de jóvenes trabajadores inmigrantes y sobre todo de campesinas pobres, que era lo que las fábricas preferían y que debían afrontar las más extremas condiciones de explotación.

Aunque esto ha tenido el efecto positivo de forzar a las industrias de exportación a elevar los salarios y los subsidios en un esfuerzo por continuar atrayendo un volumen suficiente de fuerza de trabajo, también hay ya señales de que los empleadores están apretando el acelerador a fondo con el desplazamiento de sus fábricas a países de costes más bajos aún, como Vietnam, India y Bangladesh. En consecuencia, dada la naturaleza del mercado capitalista global al que China está cada vez más ligada, la revisión del actual sistema no tiene una solución simple. Aunque el mercado interno está creciendo, cualquier caída importante en la competitividad global y una consecuente ralentización económica, que es precisamente el gran temor que obsesiona a la dirección china, no sólo socavaría rápidamente la capacidad para producir las revisiones políticas que Hu y Wen están intentando, entre ellas un nuevo énfasis en la «equidad social», sino que también amenazaría con desórdenes en gran escala.

La incapacidad de la mercantilización capitalista para resolver tales contradicciones continúa dando nueva fuerza a la izquierda. Un notable ejemplo de esta creciente influencia se hizo evidente en marzo de 2006:

[P]or primer vez quizá en una década el Congreso Nacional Popular (el Parlamento regido por el Partido Comunista) [estuvo] dominado íntegramente por un deba-

te ideológico sobre socialismo y capitalismo que muchos suponían enterrado desde hacía mucho tiempo por la prolongada racha de crecimiento económico.

El debate obligó al gobierno a archivar un borrador de ley que protegía los derechos de propiedad —y que, se esperaba, pasaría sin dificultad el trámite formal— y puso de relieve la influencia renaciente de un grupo pequeño, pero vociferante, de estudiosos y consejeros políticos de tendencia socialista. Estos anticuados pensadores izquierdistas utilizaron la creciente brecha en los ingresos en China y el aumento de la inquietud social para sembrar dudas acerca de lo que consideran apresurada búsqueda nacional de la riqueza privada y del desarrollo económico impulsado por el mercado... Quienes subestimaron este ataque como un retroceso a una época anterior infravaloraron la persistente atracción de las ideas socialistas en un país en que las flagrantes disparidades entre ricos y pobres, la corrupción rampante, los abusos laborales y la toma de tierras ofrecen un diario recordatorio de todo lo que China se ha desviado de su ideología oficial (*New York Times*, 12 de marzo de 2006).

Aunque, a largo plazo, el proyecto de ley sobre la propiedad probablemente termine por ser aprobado de una u otra manera, al menos por ahora tendrán que retirarse las intenciones de «permitir un papel mayor al mercado en educación y atención médica», así como a los llamamientos todavía más radicales a favor de la privatización de la tierra.

Hasta los máximos líderes se han sentido obligados, una vez más, a volver, siquiera sea superficialmente, a la senda del socialismo, que sigue siendo la base teórica del gobierno y del Partido Comunista, no obstante sus prácticas capitalistas:

Desde su acceso al poder en 2002, el señor Hu también ha tratado de establecer sus credenciales izquierdistas, ensalzando el marxismo, alabando a Mao y financiando una investigación que haga de la ideología socialista, oficial, pero a menudo ignorada, algo más pertinente a los tiempos que corren. (*New York Times*, 12 de marzo de 2006).

Se han resucitado incluso los métodos de la era de Mao en un esfuerzo por restaurar la menguante legitimidad del Partido, al que la opinión general considera profundamente corrupto:

Al igual que una gigantesca compañía preocupada por el desorden organizativo y una imagen púplica en bancarota, el partido Comunista chino está tratando de reconvertirse en una máquina eficiente y moderna. Pero para eso ha elegido uno de sus instrumentos políticos más antiguos: una campaña ideológica al estilo de Mao, completada con los necesarios grupos de estudio.

Durante más de catorce meses, los setenta millones de miembros rasos del partido recibieron la orden de leer discursos de Mao y Deng Xiaoping, así como ese

soporífero tratado de más de 17.000 palabras que es la Constitución del Partido. Los mítines obligatorios incluían sesiones en las que los cuadros debían ofrecer autocríticas y también criticar a todos los demás. (*New York Times*, 9 de marzo de 2006).

Tomada en serio por algunos como un esfuerzo de reforma y ridiculizada por otros, puede que la campaña sea menos importante por su impacto directo que por la admisión implícita de que el Partido se había alejado demasiado de su papel «al servicio del pueblo», al que Mao lo había convocado, y no digamos de sus metas revolucionarias originales. Hay pocos, si acaso alguno, que esperan que Hu y Wen dirijan un resurgimiento de la revolución socialista, o ni siquiera que lleven a cabo radicales desviaciones de la senda capitalista con la que el Partido y el Estado estuvieron comprometidos durante treinta años y a la que tan fuertemente atadas están hoy en día las fuerzas económicas. Pero la promoción oficial de conceptos socialistas y el estudio de Mao tienen que abrir forzosamente más espacio para un renacimiento de la izquierda que aborde una crisis que no hace más que agravarse. Invirtiendo una cierta tendencia a la insularidad y el aislamiento de los recientes foros globales, hay también un conocimiento cada vez mayor de las luchas de las fuerzas de izquierda de todo el mundo y lazos más estrechos con ellas, a pesar de los intentos gubernamentales por limitarlos mediante las redes de comunicación y organización global, nuevas y en rápida expansión.

El empeoramiento de las condiciones de las clases trabajadoras está empujando rápidamente a éstas en una dirección más radical y militante. No sólo en las filas de trabajadores y campesinos, sino también entre muchos intelectuales e incluso algunos sectores, al menos, de la nueva y más amplia clase media, hay una comprensión cada vez mayor y más profunda de que el capitalismo global no tiene respuesta para su situación y que el socialismo revolucionario que construyeron bajo Mao ofrece como mínimo el esbozo de otra manera de salir hoy adelante. En las fábricas y en las granjas, los obreros y los campesinos de China no sólo resisten las nuevas formas de explotación capitalista, sino que tienen recuerdos de otro mundo que ya saben que es posible. Por su vida durante la era socialista antes de las reformas, son conscientes de que existen alternativas viables al ascenso incontrolado del capitalismo global.

A pesar de este legado, no es posible ni deseable ningún retorno simplista al pasado. Demasiadas cosas han cambiado y demasiados genios se ha dejado salir de la botella como para volver simplemente a meterlos en ella. Habrá que reexaminar los fracasos y los errores del pasado, así como los éxitos y las victorias, y habrá que encontrar nuevas maneras de superar

las limitaciones de la primera era del socialismo, en China así como en otros lugares. No es fácil predecir qué dirección adoptará la lucha en el futuro. Pero mientras avancen, es posible que las clases trabajadoras también miren hacia atrás para volver a encontrar su propia vía hacia una nueva sociedad socialista, que combine sus luchas históricas y actuales con el movimiento global de hoy en día y produzca otra vez una transformación revolucionaria.